

los Arabes) un amigo, le cogía la mano derecha, y después de haberla sacudido la levanta al nivel de su vientre (1).» Leemos en Niebuhr el siguiente relato de una usanza análoga:

«Al encontrarse dos árabes del desierto, sacúdense las manos más de diez veces. Cada uno de ellos besa su propia mano y repite el ¿cómo estás?... En el Yemen cada uno de ellos hace como si quisiera coger la mano del otro y aparta la suya para eludir este mismo honor. Al fin, para terminar la contienda, el de más edad deja que el otro le bese los dedos (2).»

¿No se vé en esto el origen de la costumbre de estrecharse la mano? Si dos personas quieren obsequiarse besando una á otra las manos y cada una de ellas, por cortesía, rehúsa el dejársela besar, ¿qué sucede? Exactamente lo mismo que cuando al salir de una habitación dos personas que quieren ambas ceder respectivamente el paso á la otra, se niegan á seguir adelante; resulta de ello en la puerta una competencia de movimientos que impiden el adelantar al uno ó al otro; si cada uno de los dos intenta besar al otro la mano y rehúsa el dejarse besar la propia, resulta que cada uno de ellos llevará la mano del otro á sus propios labios y que éste la retira, y así sucesivamente á su vez. En un principio, este movimiento será sin duda irregular; pero á medida que se generalizará el uso y que se reconocerá que en definitiva cada uno vé fallidos sus esfuerzos para besar la mano del otro, puede esperarse que los movimientos se harán regulares y rítmicos. Evidentemente, la diferencia entre el simple apretón que hoy representa este saludo en una forma abreviada y el empuñar la mano según la antigua moda, sobrepuja á la diferencia que existe entre el empuñar la mano y el movimiento resultante del esfuerzo que cada uno hace para besar la mano del otro.

Aun en el caso de carecer de la clave que nos da la costumbre árabe, deberíamos admitir que el uso moderno se originó de esta suerte. Después de cuanto acabamos de ver, nadie supondrá que la costumbre de darse un apretón de manos haya sido deliberadamente instituida como una práctica de cortesía; y si tiene su origen en un acto que, como los demás, expresa la sujeción, necesario es admitir que el acto de besar la mano es el único capaz de servirle de origen.

(1) Sir J. Malhom. *History of Persia*. London, 1815, 8.

(2) M. Niebuhr. *Travels through Arabia*. Edimburgh, 1792, II, 247.

El saludo, pertenezca á la clase que quiera, tiene el mismo origen que el trofeo y la mutilación. A merced de su vencedor, quien corta una parte de su cuerpo como recuerdo de su victoria, le mata ó le quita una parte menos esencial á la vida, ó le marca como esclavo, el vencido yace ante su amo tan pronto de espaldas, como con el cuello bajo el pié del vencedor, manchado de fango, desarmado, las ropas destrozadas, y despojado de los vestidos que llevaba á manera de trofeo. Así, la prosternación, la mancha, la pérdida de los vestidos, consecuencias de la derrota, se hacen, como la mutilación, pruebas de esta desgracia. De donde, como primer resultado, la imposición de señales de sumisión de los esclavos á los amos y de los súbditos á los soberanos; después, admitida la costumbre de tomar actitudes humildes en presencia de los superiores; y finalmente, los movimientos de cortesía, expresiones de inferioridad, que todos cumplen para con sus iguales.

Todos los saludos toman su origen en el régimen militante. Esta conclusión á que llegamos concuerda perfectamente con un hecho de observación, y es el de que se desarrollan paralelamente á este tipo social. Las actitudes y los movimientos que manifiestan la sujeción no constituyen el carácter de tribus sin jefe ó de tribus cuya autoridad suprema no esté constituida. Por ejemplo, entre los Fuegianos, los Andamanos, los Australianos, los Tasmanianos y los Esquimales; por último, los relatos que nos dan á conocer la etiqueta usada entre las sociedades nómadas y casi inorganizadas de la América del Norte, no hacen casi mención, ó no la hacen en manera alguna, de actos que expresen la subordinación. Se ha notado que los Kamtschadales, que en la época de su descubrimiento no tenían jefes, «usaban formas absolutamente groseras: jamás empleaban frases de cortesía, no saludaban, no se quitaban su gorro, ni se inclinaban unos ante otros.» Por otra parte, en las sociedades compuestas y consolidadas por el militarismo, entre las que se ha desarrollado el tipo de estructura militar, el uso de las prosternaciones serviles es un signo distintivo de su vida política y social. Hallámoslo entre los belicosos y caníbales Fijianos cuyos jefes ejercen sobre sus súbditos una autoridad ilimitada; en Uganda, donde es perpétua la guerra, donde la renta del Estado proviene del pillaje, y donde puede decirse del rey: «No teniendo Su Alteza caza á la cual tirar, tiró sobre muchos vasallos suyos (1);» en Dahomey, cuyo rey ataca los pueblos vecinos para procurarse cráneos con que adornar su palacio. Lo hallamos en Estados más

(1) J. A. Grant. *A Walk across Africa*. 228.



un abad dirigia de rodillas á la reina que visitaba su monasterio, el cumplimiento siguiente: «Os entregamos y ofrecemos la abadía y cuanto contiene, nuestras personas y nuestros bienes (1).» Por último, hoy mismo, en España, donde la cortesía exige que se ofrezca al visitante todo cuanto éste celebra, «es regla aceptada la de poner al lado de la fecha de una carta... de *vuestra* casa, cualquiera que ella sea; nunca debe decirse de *mi* casa, debe hacerse como si se quisiera ponerla á disposicion de su corresponsal (2).»

Pero estas maneras de dirigirse á un superior real ó ficticio, afirmando indirectamente la sujecion á su persona, cuerpo y bienes, son de una importancia secundaria con relacion á las declaraciones directas de esclavitud y de servidumbre que empezaron en las épocas bárbaras y subsisten aun en nuestros dias.

Los relatos hebreos nos han familiarizado con la palabra *servidor*, expresion que un súbdito ó inferior se aplica á sí propio al hablar al soberano ó superior. En nuestra época de libertad, las asociaciones mentales fijadas por la costumbre constante, impiden ver que la palabra *servidor* empleada en las traducciones de los documentos antiguos quiere decir *esclavo*, es decir, que ella implica la condicion en que caía un prisionero de guerra. Por consiguiente, cuando leemos en la Biblia las palabras *tu*, ó *tus servidores*, pronunciadas ante un rey, debe entenderse el mismo estado de servidumbre expresado anteriormente en términos más circunlocutorios. Evidentemente, este término, expresion de una humillacion voluntaria, no se usaba exclusivamente por los servidores, sino tambien por los pueblos vencidos y por los súbditos en general; así es que David, quien no se da á conocer, habla á Saul y se titula lo propio que su padre, servidor del rey. Se ha continuado usando esta palabra con acepciones análogas, hasta nuestros dias, al hablar á los soberanos.

Sin embargo, comenzaron á usarse muy temprano estas declaraciones de servidumbre primitivamente reservadas á la autoridad soberana, para dirigirse á personas de una autoridad subalterna. Los hermanos de José, llevados ante él y temblando de miedo, se declaran sus servidores ó esclavos; hay más aun: hablan de su padre como si estuviera respecto de José en la misma situacion. Tenemos además la prueba de que esta forma de cumplimientos era usa-

(1) Jehan de Saintré, *Trans. Vance*. ch. 69.

(2) Rev. Ford. *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*. London, 1847.

da entre iguales cuando uno queria captarse el favor de otro; véase, por ejemplo, los *Jueces*, XIX, 19. Vimos antes que en la India, aun ahora, un hombre muestra su urbanidad llamándose esclavo de aquel á quien se dirige. Para demostrar cómo esta costumbre experimentó en Europa igual difusion, bastará dar algunos ejemplos de las fases de su evolucion. Entre los cortesanos francesas del siglo xvi se oía decir ordinariamente: «Estoy á vuestro servicio y siempre soy el servidor de vuestra casa (1).» En Inglaterra, antiguamente usábanse fórmulas que expresaban indirectamente la servidumbre. Decíase por ejemplo: «á vuestras órdenes,» ó bien, «siempre á vuestras rodillas,» ó tambien, «vuestro muy humilde servidor,» etc. Pero en nuestro tiempo, estas fórmulas raramente usadas oralmente, como no sea por ironía, solo están ya representadas en el lenguaje escrito; se dice aun: «Vuestro obediente servidor,» ó bien, «vuestro humilde servidor;» pero solo cuando se está á distancia, y por eso estas fórmulas se emplean muchas veces con un doble sentido.

Todos saben que los mismos términos propiciatorios se usan en el lenguaje religioso. En la historia de los Hebreos se dice que los hombres son los servidores de Dios en el mismo sentido en que se dice que son servidores de los reyes. En ella se dice que los pueblos vecinos sirven á sus dioses respectivos, ni más ni ménos que como se dice que los esclavos sirven á sus dueños. Finalmente, hay ejemplos en los cuales estas relaciones con el soberano visible y con el invisible, se expresan de una manera análoga; por ejemplo, leemos en la Biblia, que «el rey acordó la peticion de su servidor,» y en otra parte, «que el Señor rescató á su servidor Jacob.» Puede, pues, deducirse que la expresion «tu servidor,» usada en las ceremonias religiosas, tomó origen de la misma manera que todos los demás elementos del ceremonial religioso.

Aquí es donde mejor conviene observar que la expresion «tu hijo» dirigida á un soberano ó á un superior ó á otra persona cualquiera, es en un principio equivalente á «tu servidor.» Cuando se recuerda que en las sociedades toscas, los hijos solo existen por la tolerancia de sus padres, y que el padre, en los grupos patriarcales, tiene sobre sus hijos derecho de vida y muerte, se comprende que cuando uno se declara hijo de cualquiera que sea, es lo mismo que si se declarara su servidor ó su esclavo. Los ejemplos tomados en los documentos antiguos demuestran esta equivalencia. Así Achas manda mensajeros á Teylath-Phalasar, rey de Siria, los cuales le dicen: «Soy tu servidor y tu hijo;

(1) Cheruel. *Dictionnaire historique*. II, 1131.



ven, sálvame.» En Europa, vemos en la Edad Media á algunos soberanos ofrecerse para ser adoptados por soberanos más poderosos, tomando así la condición de servidumbre filial y el nombre de «hijo (1)»; por ejemplo, Teodoberto I y Childeberto II, los emperadores Justiniano y Mauricio. No dejamos tampoco de hallar pruebas de que la costumbre de esta expresión de inferioridad se extiende como las demás hasta no ser más que una fórmula de cumplimiento. En nuestro tiempo, en la India, el individuo que por cumplimiento se llama vuestro esclavo, os dirá también al presentaros á su hijo: «Hé aquí al hijo de Vuestra Grandeza.» Por último, un natural de Samoa no halla nada más persuasivo que decir que el llamarse «hijo de la persona á quien habla (2).»

Estas fórmulas de cumplimiento que expresan la humillación voluntaria, nos conducen lógicamente á las que ensalzan á los demás. Cada una de por sí es la confesión de una inferioridad relativa, y esta confesión aumenta su energía cuando las dos fórmulas se combinan entre sí. De momento, no parece en modo alguno posible que los cumplimientos puedan, como los demás actos propiciatorios, hacerse derivar de la actitud del vencido ante el vencedor; pero tenemos la prueba de que así es en algunos casos con certeza. Los vencidos por Ramsés II, pidiendo gracia y perdón, empiezan sus plegarias con las siguientes palabras laudatorias: «Príncipe protector de tu ejército, valiente por la espada, escudo de tus tropas en la batalla, rey poderoso y fuerte, gran soberano, sol en verdad potente, convertido por Ra, poderoso por sus victorias, Ramsés Maiamún.» Evidentemente, nada hay que separe estas alabanzas expresadas por el vencido, de las que más adelante expresa un pueblo súbdito. Pasemos sin interrupción á los términos de glorificación, como los dirigidos al rey de Siam: «¡Poderoso y augusto señor! ¡Divina misericordia! ¡Orden divino! ¡Dueño de la vida! ¡Soberano de la tierra! (3).» O á los que se dirigen al Sultán: «¡Sombra de Dios! ¡Gloria del Universal! (4).» O á los que se usan para dirigirse al emperador de China: «¡Hijo del cielo! ¡Señor de los diez mil años!» O á los que los Búlgaros dirigían hace algunos años al emperador de Rusia: «¡Czar bendito! ¡Poderoso Czar ortodoxo! (5).» O los que encabeza-

(1) Ducange. *Dissertations sur l'histoire de Saint-Louis*. 90.

(2) Turner. *Nineteen Years etc.* 348.

(3) Sir John Bowring. *The Kingdom etc.* I, 127.

(4) White. *Three Years etc.* II, 52.

(5) *Times* 12 dec 1876.

ban los discursos dirigidos al rey de Francia: «¡Oh rey muy gracioso, muy grande y misericordioso! (1).» En fin; al lado de estos actos de propiciación por adulación directa, hay otros en que la adulación se abre paso bajo la forma de una admiración afectada por todo cuanto el soberano dice: cuando los cortesanos del rey de Delhi elevaban las manos gritando: «¡maravilla, maravilla!» á cada frase insignificante que pronunciaba el Mogol, si éste decía en pleno día que era de noche, exclamaban aquéllos: «Ved la luna y las estrellas (2)»; en fin, los Rusos de otro tiempo exclamaban: «Dios y el príncipe lo quisieron,» y «Dios y el príncipe saben.»

Las expresiones de cumplimientos reservados primeramente en honor de los hombres de categoría suprema, pasan á usarse para con los hombres menos elevados en autoridad y hasta para con los de clases inferiores. En Francia, en el siglo XVI se decía á un cardenal: «muy ilustre y muy reverendo,» á un marqués: «muy ilustre y muy honrado señor,» á un doctor: «virtuoso y excelente (3).» En Inglaterra, decíase antiguamente como fórmula de cumplimiento, «el muy honorable» á los caballeros, y á veces á los escuderos; «el muy noble» ó «muy honorable carácter» á hombres de la sociedad; y hasta á los simples caballeros se les titulaba «digno» y «vuestro honor.» Con estos epítetos aduladores se difunde el uso de adulaciones más desarrolladas, sobre todo en Oriente, donde unas y otras son extremadas. Una carta de invitación china contiene el siguiente usual cumplimiento: «¿A qué alto esplendor no nos hará subir vuestra presencia? (4).» Tavernier, del cual hemos tomado el increíble ejemplo de adulación observado en la corte de Delhi, dice que «este vicio se extendía al mismo pueblo,» y añade, que se decía de un escudero, comparándole con los más grandes conquistadores, que cuando montaba á caballo hacia temblar el mundo. Hoy día, en esta parte de la India, á un oficial de categoría ordinaria se le dice: «Monseñor, para mí solo hay dos seres que tengan algún poder; Dios el primero, y vos el segundo (5).» Me escribe un correspondiente: «Por sobre de todo hay Dios, y Vuestro Honor sigue después. Vuestro honor tiene el poder de hacerlo todo; sois mi rey y mi señor; estais en lugar de Dios.»

En la época de Tavernier era en Persia una expresión usual la de «que la

(1) Sully. *Memoires*. II, 78.

(2) Tavernier. *Voyages*.

(3) Monstrelet.

(4) Gray. *China its Laws etc.* I, 211.

(5) Paxton. *Illustrations of scriptures*. II, 74.